



# ***CATEQUESIS 9***

***LA LUZ DE LA FE, DA SENTIDO A MI VIDA.***



*Proceso Evangelizador de la Arquidiócesis de Nueva Pamplona*

---

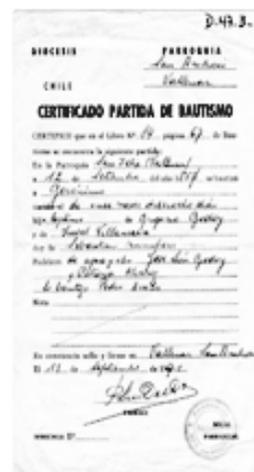
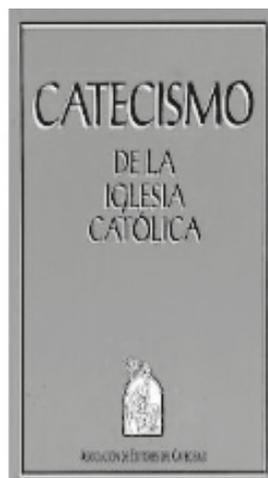
**Saludo:** (Repaso de la experiencia vivida en las catequesis anteriores)

En el camino que hemos iniciado hemos recibido magníficas noticias que nos anuncian y recuerdan el intenso e inagotable amor que el Señor nos tiene. El mensaje que se nos ha proclamado asegura que el amor de Dios es infinito y eterno; que es incondicional, sólido y seguro; que es comprensivo y tierno; comprometido, sacrificado y fiel hasta el final. Y ¡hemos creído este mensaje! (1 Juan 4, 16) es decir, le hemos dado fe, porque nos ha sido comunicado por testigos; pero, además y sobre todo, porque hemos percibido que se trata de un mensaje en sí mismo luminoso cuya fuerza viene de adentro, de un núcleo vivo que habla de Alguien que está mucho más allá de la persona que nos hace el anuncio y que es veraz sobre toda ponderación. Es como si viéramos a Dios en su testigo y en lo que nos comunica, como si Él nos hablara por medio de esa persona. Captamos que este mensaje tiene perfecta actualidad para el aquí y ahora de nuestra existencia porque su fuente original nos lo comunica por medio de instrumentos elegidos suyos.

Participemos activamente en este encuentro que nos motiva a responder con espíritu de fe.

**Acogida - Signo e interacción:** Disposición humana para el tema.

**Preparación:** Ubicar en una mesa los siguientes elementos: catecismo de la Iglesia, jarra con agua, una vela encendida o un cirio, una copia de partida de bautismo de cualquier persona. luego se hacen las siguientes preguntas: ¿Qué es la Fe? ¿Qué significan cada cosa del signo? ¿Qué sabemos de nuestro bautismo?



### ***Oración inicial:***

Señor Jesús, te reconocemos aquí, por la fe, y te damos gracias por tu presencia entre nosotros. Ilumínanos, por favor, para aprender a seguirte con fidelidad y entrega y así responder con generosidad a tu amor como lo hicieron María, José, los Apóstoles y tantos hermanos y hermanas en la fe. Te pedimos también la gracia de una reunión que toque profundamente nuestros corazones que quieren entregarse cada vez más a Ti, que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

## **PRIMERA PARTE: LLAMADA**

### **1. ANUNCIO: - Esta es nuestra fe, esta es la fe de la Iglesia**

**Metodología:** leer en grupos o personalmente cada parte de este anuncio, deteniéndose en las ideas subrayadas. Al final hacer un gráfico o una síntesis visual que permita a los asistentes precisar y recordar el contenido.

### **2. ENSEÑANZA DE LOS APÓSTOLES (IGLESIA)**

#### **- La luz de la fe**

La fe, consiste, en primer lugar, en un regalo que Dios nos hace para que abramos los ojos, captemos la luz propia de este mensaje y constatemos por nosotros mismos la existencia de las realidades anunciadas. Creer es dar el paso y aceptar, es abrir el corazón y acoger sin resistencias, es fundirse en comunión con aquél que nos ha comunicado su Espíritu, ¡el de su intimidad!, para que nuestra intimidad sea moldeada con la de Él, para que nuestros pensamientos y los suyos vayan de acuerdo y para que conozcamos todas las cosas como Él las conoce, como lo enseña la Palabra:

La fe es, entonces, el conocimiento interno de aquello que Dios nos ha querido revelar. Es participación de la intimidad de Dios.

La luz de la fe que ilumina nuestras vidas seguirá derramándose sobre nosotros si nos seguimos entregando a Él y a sus palabras. Nuestra fe, antes de cualquier otra cosa, es encuentro personal con Jesucristo, con el Padre y con el Espíritu Santo. Porque:

“la fe nace del encuentro con el Dios vivo, que nos llama y nos revela su amor, un amor que nos precede y en el que nos podemos apoyar para estar seguros y construir la vida. (Papa Francisco).

La fe es gracia de un encuentro con Dios que se revela. Por lo tanto, depende de Dios y de su revelación y no de lo que sintamos o de lo que nos parezca. Por eso, en la Biblia, la fe siempre se vive en la comunidad creyente. Esa comunidad también nos viene dada por Dios y no es lícito inventarla como quien pone nombres a nuevas asociaciones.



El Bautismo nos introduce en esa comunidad de creyentes y es el sacramento que el Señor quiso que sellara nuestro camino hacia la fe verdaderamente cristiana. De la misma manera, la madurez en la fe es siempre acompañada por los signos de la Gracia que son los demás sacramentos. No se puede andar por el mundo proclamando que la sola fe basta porque la misma Palabra establece que los medios de la Gracia son la fe, ciertamente, y los sacramentos. Y hay que reiterarlo como parte de esta maravillosa noticia: todo esto se realiza en la Iglesia, que es la comunidad creyente que brotó de manos de Jesús y que Él encargó a los doce y a sus sucesores, desde los Hechos de los Apóstoles hasta nuestros días, desde San Pedro hasta el Papa Francisco y, por supuesto, quienes lo sucedan.

- ***Testigos de Cristo para todas las naciones.***

Optar por Cristo y vivir una vida entregada a su servicio, encarnando el amor de Dios en la vida de todos los días, es una posibilidad real para todos. Dios nos llama desde nuestra humanidad sencilla, débil y pobre, para que podamos responder a su amor con generosidad. Este no es un ideal que se queda en el aire, ni mucho menos una utopía que ninguno puede alcanzar. Es una realidad que todos podemos poseer.



María Santísima, “la Madre”, cuya luminosidad y dulzura han inspirado a tantos creyentes, cuya fortaleza ha dado perseverancia a los atribulados y probados, cuya obediencia ha inspirado a los que quieren seguir de cerca al Señor Jesús que los llama, es el modelo palpable de la acción que Dios realiza constantemente en favor de los humildes y sencillos.

Ella era una mujer sencilla de Nazaret, pequeña ciudad situada en las colinas de Galilea, al norte del actual estado de Israel. En su porte y en su actividad, una mujer completamente normal que, al recibir el anuncio del Arcángel San Gabriel y, con éste, su misión, demuestra su extraordinaria capacidad para acoger con absoluta disponibilidad y con entera obediencia el plan que Dios tenía sobre Ella y para ponerse enteramente a su servicio. De esta manera, Ella se constituye en un verdadero modelo de aquella libertad que viene de la fe. Porque Ella dedicó voluntariamente su vida entera a Dios y a su voluntad.

Su fe fue siempre escucha atenta de la Palabra divina y disponibilidad completa para todos sus requerimientos, sin importar las consecuencias. Acompañó a su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, con valiente perseverancia hasta la Cruz. Ella recibió la luz dichosa de la Pascua con la misma discreción con la que recibió el anuncio del Ángel y se puso a disposición del Resucitado con la misma generosidad con la que lo había acogido en sus purísimas entrañas.

Ella fue llevada por Juan (Juan 19, 27) al seno mismo de la Iglesia naciente como extraordinario signo de la nueva alianza sellada en la Cruz. Y allí, en casa, con los Apóstoles, perseveró con ellos en la oración y en la vida de la comunidad (Hch 1,14). Su dedicación y su fidelidad para escuchar la Palabra de Dios, para ponerla por obra y para depositar toda su vida en manos del Señor, la hacen modelo para todos los discípulos. Ella es el modelo perfecto de todas las glorias que Dios reserva para quienes lo aman.



José, esposo de María y padre adoptivo de Jesús, es calificado en la Sagrada Escritura como un “hombre justo” (Mt 1,19). Su “justicia” viene de su condición de creyente practicante, totalmente dedicado a su fe, que aceptó con humildad la misión con la que Dios lo sorprendió. Un hombre trabajador, como cualquiera de nosotros, que vivió la cotidianidad de su existencia y de sus fatigas consagrado totalmente al amor y al cuidado de su esposa y de su Hijo.

Él es el modelo de quienes vivimos en el mundo y podemos servir a Dios desde lo más sencillo del diario vivir y de nuestro trabajo. Él respondió generosamente al llamado de Dios, reconociendo en María, su mujer, y en Jesús, su hijo adoptivo, la fuente de su amor primero y la única razón por la que valía la pena consagrar toda la vida. Mirar a José es ver un modelo acabado de empeño, responsabilidad y sosiego al servicio de Jesús y de su Madre Santísima. Y contemplar su misión desde nuestra perspectiva actual es ver cómo Dios le confió sus más preciosos tesoros, dándole ciertamente las gracias necesarias para cumplir con su misión, pero sin ahorrarle ninguna de las angustias inherentes a tan elevada responsabilidad, tal y como queda bien atestiguado por el mismo Evangelio (Mt 1,16-25; 2,13-23; Mc 6,3).

Pedro y Pablo, Andrés, Santiago, Juan y los demás Apóstoles, fueron llamados por Jesús y vivieron con Él siendo testigos privilegiados de su vida, de su ministerio, de sus milagros, de sus palabras, de su relación única con la gente, especialmente con los pobres y con los enfermos, y sobre todo, de su muerte y de su resurrección. Jesucristo los llamó de situaciones distintas y muy normales, como hombres imperfectos, algunos de ellos, como Mateo o Simón, en condiciones de vida o con opciones particulares que no les dejaban parecer hombres piadosos y religiosos ante el pueblo. Los Apóstoles vivieron con Jesús y le acompañaron en sus fatigas y alegrías.

En el camino junto al Maestro se sentaron sencillamente a sus pies, escucharon su palabra, compartieron el pan con Él y, en ocasiones, como en toda escuela de crecimiento, fueron reprendidos a causa de su falta de fe (Mt 6,30). Aun así, perseveraron en el seguimiento de Jesús y cuando, en el momento dramático de la pasión de Cristo, el temor y el miedo pretendieron acabar su fe y disminuir su esperanza, pensando que con la muerte de su Maestro todo estaba perdido, el Señor mismo los fortaleció, los llenó con su alegría, los dotó y, después de la resurrección, los mandó por el mundo para que comunicaran su Palabra y establecieran su Iglesia en todos los confines de la tierra. Los Apóstoles no fueron superhéroes, sino hombres que amaron a Jesús, hasta entregar su vida por Él.

Sin embargo, el privilegio de vivir una existencia transformada por Jesús resucitado, no les corresponde exclusivamente a quienes vivieron en el mismo tiempo de su trayectoria terrena.

En la historia de la humanidad se encuentra el heroico testimonio de hombres, mujeres y niños mártires, que luchando contra todo tipo de adversidad imaginable prefirieron entregar su vida a la muerte que renunciar a la fe que los había salvado. Desde los orígenes de la Iglesia ha quedado la huella de hombres y mujeres consagrados radicalmente, de cuerpo y alma, al servicio del Señor, proclamando silenciosamente ante el mundo entero que, más allá de la debilidad humana y de las ofertas del mundo, es posible vivir un tipo de fecundidad y de felicidad fundado sobre la convicción profunda del “solo Dios basta”.



Pero también resplandecen constelaciones de pastores, doctores y doctoras, y laicos guías de almas, trabajadores, artesanos, amas de casa, políticos, abogados, científicos, etc., que encontraron en el camino de Cristo la plenitud de sus existencias y la verdadera felicidad.

Ellos nos demuestran que nuestra fe es una bellísima realidad que marca una diferencia de calidad innegable frente a quienes no tienen el gozo que viene de ella. Es posible vivir de la fe y, más aún, vivir por ella (Hab 2,4; Rom 1,17; Gal 2,20; 3,11-12; Heb 10,38-11,40). La gran noticia es que la fe da sentido a nuestra existencia entera.

### - *Crear hoy*

La fe se aplica de diversas maneras a la realidad que Dios nos comunica. Una cosa es “creer que” las cosas reveladas son ciertas y dar el asentimiento a ellas, o “creer en” Dios, en su existencia, sus atributos y sus misterios y hasta depositar en Él toda nuestra confianza. Y otra sería “creerle a” Dios, admitiendo que su Palabra toque profundamente nuestro ser y lo transforme. Nosotros le ‘creemos a’ Jesús cuando lo acogemos personalmente en nuestra vida y nos confiamos a Él, uniéndonos a Él mediante el amor y siguiéndolo a lo largo del camino.”



## **SEGUNDA PARTE: RESPUESTA**

### **1. La palabra resuena - ecos del anuncio - trabajo personal.**

El trabajo personal correspondiente a este anuncio es abrirle las puertas a Dios nuestro Señor de par en par. Con la ayuda del Credo Apostólico vamos a recordar los misterios que nuestra fe profesa. Se trata de repasar aquello en lo que creemos.

Dedicaremos unos momentos a cada una de las afirmaciones del Credo y trataremos de considerar su belleza, su sentido para cada uno de nosotros y para el mundo. Para facilitar el trabajo, conviene escribir en un cartel o en hojas individuales para cada participante el texto del Credo Apostólico.

### - *Credo apostólico*

Creo en Dios Padre, Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra.  
Creo en Jesucristo, su único Hijo, Nuestro Señor,  
que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo,  
nació de Santa María siempre Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato,  
fue crucificado, muerto y sepultado,  
descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos,  
subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios Padre Todopoderoso.  
Desde allí vendrá a juzgar a vivos y muertos.  
Creo en el Espíritu Santo,  
la Santa Iglesia Católica, la comunión de los santos,  
el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna.  
Amén.



## 2. *La palabra se comparte - dialoguemos*

Luego se resuelven en grupo las siguientes preguntas:

- ¿Cómo se experimenta la luz de la fe en este momento, a esta altura de nuestros encuentros? ¿Con qué podría comparar cada uno de Ustedes esta experiencia?
- ¿Cuáles son los medios más adecuados para crecer en la fe?
- ¿Te sientes motivado a entrar en el camino del conocimiento del Señor?
- ¿cómo puede cambiar al mundo nuestro testimonio de fe?
- ¿Puedes confesar que tienes fe y que vives de ella en este momento? Hazlo.

## 3. *La palabra en la Iglesia - Confesión de fe*

- “Le dijo Jesús: «Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá. El que vive, el que cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?»”(Juan 11, 25-26).
- “Jesús le respondió: «¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?»” (Juan 11, 40).
- “¡Así amó Dios al mundo! Le dio al Hijo Único, para que quien cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna.”(Juan 3, 16).
- “Ustedes están en Cristo Jesús, y todos son hijos de Dios gracias a la fe. Todos se han revestido de Cristo, pues todos fueron entregados a Cristo por el bautismo.” (Gálatas 3, 26-27).
- “Todo lo que ha nacido de Dios vence al mundo, y la victoria en que el mundo ha sido vencido es nuestra fe” (1 Juan 5, 4).
- “Hermanos, si uno dice que tiene fe, pero no viene con obras, ¿de qué le sirve? ¿Acaso lo salvará esa fe?” (Santiago 2, 14).
- “La fe es como aferrarse a lo que se espera, es la certeza de cosas que no se pueden ver.” (Hebreos 11, 1).
- “Pero sin la fe es imposible agradecerle, pues nadie se acerca a Dios si antes no cree que existe y que recompensa a los que lo buscan.” (Hebreos 11, 6).
- “La fe del corazón te procura la verdadera rectitud, y tu boca, que lo proclama, te consigue la salvación”(Romanos 10,10).
- “Pero hay que pedir con fe, sin vacilar, porque el que vacila se parece a las olas del mar que están a merced del viento”(Santiago 1, 20).
- “Y ahora no vivo yo, es Cristo quien vive en mí. Todo lo que vivo en lo humano lo vivo con la fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí”(Gálatas 2, 20).



La fe debe ser profesada, celebrada, vivida, orada y contemplada.

#### **4. *Comunión y misión - compromisos.***

Repasar todos los días el Credo, meditándolo en oración, completo o solo algunas de sus proposiciones. Hablarle a Dios sobre ellas y pensar qué sentidos nuevos aportan a mi vida.

Ser testimonio de cercanía, escucha, humildad, solidaridad, compasión, diálogo, reconciliación, compromiso con la justicia social y capacidad de compartir, como Jesús lo hizo.

#### ***Oración final:***

Madre, ayúdanos en nuestra fe!  
Abre nuestro oído a la Palabra,  
para que reconozcamos la voz de Dios  
y su llamada.

Aviva en nosotros el deseo de seguir  
sus pasos, saliendo de nuestra tierra y  
confiando en su promesa.

Ayúdanos a dejarnos tocar por su  
amor, para que podamos tocarlo en la  
fe.

Ayúdanos a fiarnos plenamente de él,  
a creer en su amor, sobre todo, en los  
momentos de tribulación y de cruz,  
cuando nuestra fe es llamada a crecer  
y a madurar.

Siembra en nuestra fe la alegría del  
Resucitado.

Recuérdanos que quien cree no está  
nunca solo.

Enseñanos a mirar con los ojos de  
Jesús, para que él sea luz en nuestro  
camino.

Y que esta luz de la fe crezca continua-  
mente en nosotros, hasta que llegue el  
día sin ocaso, que es el mismo Cristo,  
tu Hijo, nuestro Señor.

Amén.

